

GUSTAVO INFANTE

**MI AMIGO
EL GATO**



Áurea Ediciones

Capítulo I

Cuando salió de la oficina de su jefe, luego de una densa reunión con sus demás compañeros, ya nada fue igual para Isabel. Los resultados obtenidos en el último trimestre no ayudaban mucho, y aquello podía significar su salida.

A pesar de lo ocurrido en esa reunión, Isabel continuó trabajando sin descanso, siempre pensando en cómo mejorar. Por supuesto, también en su amor, con quien llevaba diez años de relación con altos y bajos, pero sin grandes problemas. Llevaban ocho años compartiendo un pequeño departamento, lo que para ella significaba que había encontrado a su verdadero amor, aunque nunca había salido de la boca de él una propuesta de matrimonio, algo que no le preocupaba.

Lo malo de vivir pensando siempre en el trabajo era que casi nunca se daba tiempo para ella, la opción de salir a compartir con las pocas amigas que le quedaban era cada vez más lejana. Su familia era bastante especial, pues solo estaba su madre y era la única a la que podía describir como tal. Por otro lado, estaba Miguel, su pareja, quien no era

del agrado de su madre, aunque no intervenía en su relación más allá de las típicas preguntas de cortesía; no había mucha más interacción.

Ella era hija única, criada con esfuerzo por su madre, quien compartía con ella el mismo nombre. Cuando pequeña, su padre las abandonó y se fue del país perseguido por las deudas que le aquejaban, dejando a Isabel y su madre en la extrema pobreza. A pesar de que los abuelos paternos ayudaron a “Las Isabel”, nombre por el que eran conocidas y que les puso un vecino, esta ayuda no duró más de un año, y ellos desaparecieron de la faz de la tierra y de su vida. Familia paterna no tenía, ni tampoco tenía intenciones de buscarlos.

La mamá de Isabel no confiaba en los hombres, le generaba rechazo y desconfianza la relación de su hija con Miguel, aunque llevaran muchos años juntos. Aun así, siempre le decía a su hija que se cuidara y estuviera bien atenta a los movimientos de su pareja.

Un día, mientras amanecía en la ciudad, Isabel caminaba para tomar la locomoción que la llevaría a su trabajo y mientras lo hacía, aprovechaba para revisar su reflejo en los vehículos que estaban estacionados en el camino. Como era de baja estatura, lograba verse algunas veces a cuerpo completo, aunque lo que más disfrutaba hacer, era mirar su rostro, de una suave tez morena que la llenaba de orgullo, además de fijarse en que su moño no se hubiera corrido. Al llegar al paradero pudo ver una silueta de un pequeño gato que deambulaba por el sector. Lo miró de reojo, sin darle mayor importancia al animal que caminaba sobre el muro. Debido a que su concentración estaba enfocada en su trabajo, no tenía tiempo de estar pendiente de animales callejeros, más bien no le interesaba. El motivo de aquello

era que no tenía tiempo para dar atención a alguien más en su vida. Su trabajo, su novio y las pocas amistades que mantenía eran suficientes para ella, y no quería incorporar a su vida preocupaciones. En el último mes, Isabel casi no había visto a su madre, ni siquiera un llamado telefónico para saber cómo estaba, por lo que al salir del trabajo la llamó.

—Mamá, ¿cómo estás?

—¿Quién habla? —respondieron con una voz seca y cortante.

—Perdón, mamá, pero el trabajo me ha consumido... Olvidé llamarte.

—Mi amor, no tienes que pedir perdón, entiendo que tu trabajo es así —le respondió su mamá con voz suave.

—Gracias, este último mes ha estado difícil.

—Lo sé, hija, por lo mismo evité llamarte.

—Gracias.

—No te olvides de visitarme, hija.

—Sí, no te preocupes por eso. Te amo, mamá.

—Te amo, hija. —Ambas colgaron.

A la mañana siguiente, un poco más tranquila ahora que había hablado con su madre, vio nuevamente al pequeño gato en el paradero, aunque esta vez sí le prestó más atención. Se dio cuenta de que el felino la estaba observando y que seguía con la vista sus movimientos. Sorprendida ante aquello, Isabel le sonrió, aunque se sintió extraña al hacerlo. Subió a la micro para ir al trabajo, aunque esta vez era diferente, puesto que había quedado de acuerdo con Miguel para salir a comer durante la tarde.

Al salir del trabajo, cansada y con ganas de nada, Miguel estaba esperándola arriba de un vehículo, lo cual la sorprendió porque ellos no tenían ningún vehículo, más

allá de una bicicleta.

—¿Y este auto? —preguntó Isabel, observando el interior y asombrándose de lo hermoso que era mientras se acomodaba en el asiento.

—Me lo facilitaron en la empresa para que lo use, ahora que debo ir a visitar a algunos clientes —respondió Miguel poniéndose en marcha

—¿Esto quiere decir que ya no tendré que tomar locomoción en las mañanas? —le preguntó Isabel con una gran sonrisa.

—Lo siento, amor, es solo para trabajar, el vehículo tiene GPS.

—¡Qué aburrido eres, aunque podrías desviarte de vez en cuando, como ahora!

—Imposible, solo hoy me dieron permiso de usarlo a mi gusto.

—Eres aburrido, amor...

—Lo sé, por eso me quieres —respondió Miguel y continuó manejando.

La tarde se les hizo corta, luego de haber disfrutado una agradable cena en el restaurante japonés que tanto les gustaba. Al volver a casa, Miguel se metió al baño y allí se quedó un buen rato mientras Isabel se quitaba el poco maquillaje que usaba. Miguel salió del baño de forma silenciosa; Isabel solo notó que había salido cuando se dirigió a la cocina a buscar su vaso con agua, y observó cierto malestar en él. No quiso preguntarle nada, asumió que debían ser cosas del trabajo, ahora que estaba utilizando un vehículo de la empresa. No le dio más vueltas al asunto y tomó de la cocina lo que necesitaba y se fue a dormir.

Para su sorpresa, a la mañana siguiente Miguel no estaba en casa. Recordó que la noche anterior su novio se molestó al revisar su teléfono y con enfado contestó algún wasap o correo electrónico, quizás por eso había tenido que salir temprano. Al salir, continuó con su rutina y caminó como siempre hasta el paradero. Al llegar buscó al gatito, pero no lo encontró. Esperó la llegada de la micro.

Durante el mediodía, le informaron que debía participar en una reunión junto a su jefe y compañeros de trabajo; aquello trajo de vuelta el amargo recuerdo de hace unas semanas y pensó lo peor. Sabía que su rendimiento no había aumentado, y las ventas que necesitaba quizás no se habían cumplido. La espera fue algo terrible, pero, aun así, tenía el presentimiento de que todo estaría bien.